

FERNANDO ARAMBURU
HIJOS DE LA FÁBULA

TUSQUETS
EDITORES

—OLEMOS A MIERDA de gallina.

—Sobre todo tú.

Asier y Joseba compartían habitación en una granja avícola a las afueras de Albi. Hacía seis meses de su ingreso en ETA. Ingreso o medio ingreso. No estaban seguros. Habían pasado a Francia en primavera. Les dieron alojamiento provisional en una casa de campo entre Larressore e Itxassou. De allí, escondidos en el interior de una furgoneta, los trasladaron a finales de agosto a la granja de Albi.

Un día de tantos: que no podían quedarse en Iparralde. ¿Pues? La organización estaba cada vez más acorralada. Muchos habían ido a refugiarse al Reino Unido. Otros, a Italia, a Bélgica, a Alemania.

—¿ETA también practica la dispersión?

—Baja la voz. Te van a oír. Ante todo, disciplina.

Se hablaba de cámaras y micrófonos camuflados. De topos. De traidores y soplones. Ellos dos, ni idea.

Acababan de llegar. Eran por entonces dos novatos desconocidos por la policía. El uno, de veintiún años; el otro, de veinte. Venían de pueblos vecinos de la provincia de Guipúzcoa. No hablaban francés. No tenían experiencia en el manejo de armas, pero sí mucha ilusión.

—Somos de ETA, ¿sí o no?

—Estamos en camino.

—Tantos meses y aún no hemos aprendido a usar un arma.

—Se nos va a dormir la mano.

La granja avícola estaba a orillas del río Tarn. La formaban la casa de los dueños, de dos plantas y desván; una segunda casa enfrente, con el almacén y el garaje del tractor en la parte de abajo, y un primer piso repartido entre el granero y la habitación asignada a los dos jóvenes inquilinos; y, por último, la nave de las gallinas. En medio, un patio de tierra en cuyo centro daba sombra un nogal.

El granjero se llamaba Fabien. Era un hombre corpulento, con un párpado flojo. La mujer, Guillemette, chapurreaba el castellano. Por solidaridad con la causa nacional vasca no les cobrarían el alquiler. Tan sólo, de vez en cuando, una pequeña cantidad para cubrir algún gasto imprevisto. La habitación era todo lo contrario de lujosa. Una especie de camaranchón con dos camas, una nevera de no más de un metro de altura, un arcón para la ropa y una placa eléctrica de dos fuegos.

¿Calefacción? Las mantas y vas que chutas. El sitio, habilitado para refugio, estaba justo encima del almacén. Con anterioridad había servido de alojamiento a otros candidatos a militantes.

A Asier y Joseba, a cambio de no pagar, se les pedía ayuda en las tareas de la granja, principalmente en las de limpieza. A Asier se le daba bien cortar leña. Joseba tenía cierta maña con las herramientas. Trabajaban un rato por las mañanas. ¿Se puede llamar a eso trabajar? Bueno, hacían como si.

Y por las tardes se iban andando a Albi o al campo. O daban un paseo por el río con la barca de los granjeros sin pedirla prestada. Guillemette los vio una vez. No dijo nada. Una manera de concederles permiso. La barca estaba atada a un poste, por detrás del almacén, con los remos dentro.

—Me aburro.

—Pues mira que yo.

—Ni cursillo de adiestramiento ni hostias.

—Como no hagamos prácticas con tiragomas...

—La organización igual no nos necesita.

—A estas horas ya tendríamos que ir por la tercera o cuarta *ekintza*.

—Me aburro.

—Yo aún me aburro más.

Por regla general volvían cenados de Albi. Pero nada de restaurantes. Qué más quisieran. Bocadoillos, cacahuètes, patatas fritas de bolsa, fruta del supermer-

cado. El enlace les pasaba una modesta asignación y, a veces, instrucciones. Que no llamaran demasiado la atención. Que aprendieran la lengua del país. Que buscasen un trabajo remunerado. Dispensados de la cuota de alquiler, se arreglaban mal que bien con el dinero.

Una vez más regresaron cenados a la granja. Guillemette, qué raro, los estaba esperando en el camino. ¿Por qué hablaba tan bajo esa mujer? Allí nadie podía oírla. ¿A qué tanto misterio?

—No más de *l'ETA*.

Y por señas les indicó que la siguieran al interior de la casa. Era un jueves de octubre de 2011. Ya había anochecido. Guillemette tenía las tetas grandes. Asier desconfiaba. Susurrante, a su compañero:

—Esta quiere fiesta en la cama.

LA CASA DE Iparralde supuso para ellos una prisión. Que no os vea nadie, ¿eh? Así todo el día. Cosa fácil, por otra parte, pues la casa estaba sola entre los árboles de una colina, lejos de la carretera.

Los anfitriones, un matrimonio vascofrancés sin hijos, eran rigurosos. Dios, qué duros eran. ¿Tenían la paranoia o qué? Veían un gendarme detrás de cada arbusto. Los de Albi, también sin hijos, se enrollaban

mejor. Al llegar no les hicieron ninguna advertencia. A Asier y Joseba les pareció rara tanta libertad de movimiento. Por si acaso fueron a preguntarle a Fabien. Que si debían tomar precauciones.

Fabien, metro noventa y tantos de estatura, un párpado a medio abrir, estaba metiendo huevos en la furgoneta. Vestía un mono azul de trabajo con peto. Tiraba un poco a rubio. Y tenía la cara encendida. Del vino diario. De qué, si no.

No los entendió. Ellos no lo entendían a él. Fabien llevaba una chapa con la hoz y el martillo sobre fondo rojo adherida al cierre del reloj de pulsera. Señaló la chapa con la punta de un dedo. Después se llevó la mano al pecho. Se reía enseñando los dientes. Los que le quedaban. ¿Simpatiza con el comunismo? Eso parece.

El primer día, a modo de recibimiento, les cantó a Asier y Joseba, puño en alto, de broma, una canción sobre un fondo de cacareos. La alegría del vino le soltaba la lengua. Luego ellos comentaron a solas en la habitación:

—Para mí que este tío está como una cabra.

—¿Qué leches cantaba? ¿*La Internacional*?

—Eso parece.

—Nosotros ¿somos comunistas?

—Nosotros somos vascos.

Fabien y Guillemette se enzarzaban en unas broncas de cuidado. Los gritos, sobre todo los de ella, agu-

dos, penetrantes, se esparcían por toda la granja y más allá. Seguro que hasta el otro lado del río. No todos los días, pero siempre al atardecer. Aquello parecía un rito. Y *Mao*, en su caseta, atado con una cadena, guardaba un silencio melancólico. El mismo perro que recibía ladrando al cartero, a los proveedores, a cualquier visitante. A Asier y Joseba sólo el primer día. ¡Cómo ladraba el condenado! Y qué sierra mortífera de dientes. Fabien lo soltó. Pero ¿qué hace este tío? *Mao* se acercó a olerlos, amenazante, gruñidor. Era un perro con una cabeza así de grande. A Joseba le ladraba con mucha furia. Primero olió las piernas y la bragueta de uno, después las del otro. ¡Si les llega a dar un mordisco ahí! Después se desentendió. Los había aceptado.

Los dueños se repartían las tareas de la granja. Ella trabajaba en la huerta, él con las gallinas. Ella en la casa, él con el tractor en una parcela que tenían entre el río y la carretera. O al revés. A veces ella conducía el tractor.

Se mostraban pacíficos, parcos de palabra, durante el día. Entrada la tarde, Fabien empezaba a beber. Lo anunciaba cantando. Cantaba fatal. Guillemette lo acompañaba en el trínque. Se reían, sentados a una mesa delante de la casa, con un garrafón de vino, una barra de pan, queso, fiambres y nueces. Cortaban cachos de alimento con un cuchillo enorme.

Alguna vez, Asier y Joseba vieron a Guillemette limpiar los vidrios de las ventanas con las tetas al aire. Era muy lanzada. O desinhibida. O guarra, según Asier.

Orinaba en cualquier sitio. Donde le vinieran las ganas. Debajo del nogal, al lado de *Mao*.

—¿No tiene váter o qué?

Cuidaba poco su aspecto. La casa la tenía limpia. Al menos hasta donde Asier y Joseba lo habían podido comprobar. Ella, en cambio, andaba las más de las veces sucia y despeinada.

En un momento dado, los granjeros interrumpían las risas y las canciones. Entraban en una fase de gesticulación, de ademanes cada vez más violentos y de murmullos. Tarde o temprano estallaban los gritos. Y una noche los vieron desde la ventana de la habitación pelearse delante de la casa. Él le arreó a ella una runfla de bofetones. Se tambaleaba, borracho. Manotazos brutales, juramentos farfullados. Y muchas veces marraba el golpe. Ella se defendía con un palo. Quizá no era un palo. No se veía bien. Sus siluetas se recortaban contra la luz amarilla del zaguán. Guillemette se defendía con rabia. Rápida, felina, pegaba más que él. Y *Mao* callaba agazapado en el interior de la caseta.

CADA EQUIS TIEMPO viajaban a Toulouse. No tenían permiso, pero qué coño. Se aburrían. Todos los días lo mismo. Y a fin de cuentas, ¿quién se iba a enterar? Preferían el autobús. La primera vez cogieron el tren.

El tren llegaba antes. Sí, pero el billete costaba más. Había que controlar los gastos.

En Toulouse solían encontrarse con Txalupa.

—Oléis raro.

—A mierda de gallina.

—¿No tenéis ducha o qué?

—Este tufo no se quita ni con jabón.

¿Quién era Txalupa? Uno del pueblo de Joseba. Llevaba la tira de años en la organización. Había estado encuadrado en un comando. Pasó a la reserva a petición propia. Inconvenientes del asma. Se ahogaba. El asma era su cruz. Lo explicó por carta a la dirección. No podía ser. Que lo sentía, que qué mala suerte. Anduvo un tiempo por París. En Toulouse había encontrado un puesto de trabajo como ayudante de cocina en un hotel. Al parecer, el clima de Occitania le sentaba mejor que el de la capital. No perdía la esperanza de reintegrarse en la lucha.

—¿Seguro que os dejan salir del refugio?

—Aquello es una cárcel.

—Cuidado con la indisciplina.

—Pero si no nos han dado armas ni nada.

Txalupa y Joseba no es que tuvieran amistad. Txalupa era bastante mayor. Treinta y tantos años. O sea, que amigos, lo que se dice amigos, no. Pero, joder, dos del mismo pueblo, en ETA, lejos de casa: eso une.

Ya de chaval, Txalupa tenía fama de lanzado y de valiente. Iba para levantador de piedras. Eso decían. Por-

que fuerte fuerte tampoco era. Ancho, musculoso, decidido. Se le ha visto levantar en el frontón del pueblo, por fiestas, una cilíndrica de 125 kilos. La segunda vez casi lo consigue. Y la tercera, imposible. Qué más quisiera. A su lado, el *harrijasotzaile*, el auténtico, se reía. Luego Txalupa intentó hacer fortuna de pelotari. Que si estaba a punto de pasar a profesionales. Que si entrenaba todo el día. No basta con darle fuerte. Hay que correr. Y con ese corpachón y esos pulmones ya entonces no muy católicos, ¿adónde vas? Al final terminó ingresando en ETA. Los problemas respiratorios le impidieron hacer carrera en la militancia activa. Algo hizo, pero poco. Otro sueño incumplido. Por los días de Toulouse se le veía desmejorado. ¿Abatido? Pues también. Decía:

—Un día de estos me tiro al canal.

Calvo desde los treinta, pálido, ojeroso, con cara de enfermo, no iba a ninguna parte sin su inhalador. Se le aceleraba, además, el corazón. La taquicardia le quitaba el sueño. Tenía miedo de morir como aquel compañero.

—¿Quién?

—Anza. ¿No os suena? Jon Anza, uno de Donostia. Le dio un infarto cerca de aquí. Estaba muy enfermo. Murió en el hospital. Lo tuvieron casi un año congelado. Tíos, una cosa es morir luchando. Otra, como un animal tirado en el suelo.

—Pues no sabíamos.

—Estáis muy verdes vosotros aún.

Asier y Joseba iban a verlo ¿para qué? Pues para que les contara aventuras de militante. Cosa fácil, porque a Txalupa le gustaba presumir. Se tenía por un héroe. Fardaba de méritos, de hazañas y *ekintzas*. Y de no haber caído en las garras de los *txakurras*. Los otros aprovechaban para instruirse. Los encuentros con Txalupa equivalían para ellos al cursillo de armas.

Los llevó una tarde a su domicilio. Llovía. En la calle no se podía estar.

—No me gusta traer gente aquí, pero bueno.

Vivía en un ático alquilado. Había una mancha de humedad en el techo como consecuencia de una antigua gotera. La gotera ya la habían reparado. La mancha seguía allí. En la pequeña vivienda era todo un poco triste y polvoriento. La cama donde se sentaban los visitantes, la mesa con una única silla, los carteles descoloridos de la pared. También *Polita*, la gata, tenía un aspecto cansado y sucio. No era de Txalupa. Entraba por la ventana, procedente del tejado. Seguro que en cada casa le ponían un nombre distinto. Le faltaba pelo en varias partes. Sarna sería.

Txalupa se jactaba de poseer una Browning.

—¿Nos la dejas coger?

—Con mucho cuidado, ¿eh?

—¿Está cargada?

—Cargada no os la dejaría.

Asier y Joseba sujetaron el arma por turno. La sopesaban, fascinados.

—¿Y la llevas al trabajo?

—Mejor no. No quiero líos. En Toulouse vivo tranquilo. Me conoce poca gente. Antes salía al campo a practicar. Ahora no, para que me dure la munición.

Joseba apuntó contra la mancha del techo. Apretó el disparador. Por probar nada más. Por curiosidad. Se escapó, ruidoso, un tiro. Y la bala penetró en el revoque. Todos se sobresaltaron.

—Pero ¿qué haces, gilipollas? Trae para acá.

Txalupa le arrebató de un zarpazo la pistola.

—¿No decías que estaba sin cargar?

—Hala, largaos al gallinero. Esto me pasa por andar con novatos. ¡Hostia, hostia, hostia, como algún vecino haya llamado a la policía! La bala habrá salido al tejado. ¡Dios bendito, seguro que vuelvo a tener una gotera!

LLOVÍA. NO SALIERON. ¿Adónde iban a ir con semejante diluvio? ¿Se desbordará de nuevo el río? Cielo gris, casi negro. Empezó a llover de víspera, a eso de las cuatro de la tarde. Llovió, rayos y truenos, durante toda la noche. Siguió cayendo agua a manta a lo largo del día siguiente. Dieron otra vez las cuatro de la tarde. De nuevo, Asier y Joseba se quedarían sin paseo.

Se había formado una charca de grandes dimensiones alrededor del nogal. A Fabien se le hundían las botas de goma en el barro. Ató a *Mao* a la entrada del zaguán. El animal estaría allí menos expuesto al aguacero que en su caseta. Guillemette, descalza, las perneras remangadas, el pelo suelto, empapado, aseguraba el portón de la nave con tablas en previsión de una crecida del río. Dentro de la nave había un altillo de fácil acceso para las gallinas. En caso de inundación, las aves se podrían poner a salvo allí. No había sitio para todas en el suelo del altillo ni en la rampa. Eran miles. Algunas, muchas, perecerían ahogadas. Los polluelos recién nacidos, también.

Asier y Joseba, de pie junto a la ventana, observaban el ajetreo de los granjeros.

—¿Qué, bajamos a ayudar?

—¿Y a ponernos perdidos de barro? Baja tú.

—Yo estoy aquí para salvar Euskal Herria. Que les den por saco a las gallinas.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

—Pues para no estar callado.

—Estos dos no son listos. Yo cavaría una fosa detrás de la casa. Bien honda, ¿eh? Unes con una acequia el patio con la fosa y problema resuelto. ¿Que llueve? El agua va toda para el agujero. Se te forma un estanque. Hasta puedes cuidar patos.

—¿Por qué no se lo propones? Ahora sería un buen momento.

—Yo estoy aquí para lo mismo que tú.

Cambiaron de ventana. Ahora miraban al río. Bajaba más caudal que de costumbre. Nada grave de momento.

—¿Qué piensas?

—Pienso en Karmele. Igual ya ha dado a luz.

—¿Qué va a ser, niño o niña?

—Ni idea. La dejé en el pueblo. Estaba de tres meses. No he sabido más. Yo le escribiría una carta.

—Tú no escribes nada.

—Sin remite.

—Tampoco. ¿Crees que la Guardia Civil es tonta? A Karmele la vigilan seguro. Y a tus aítas. Y a mis hermanos y mi amá. Para ver de echarnos un día el guante. Esos cabrones tienen mucha astucia.

—Pero tú y yo, ¿no somos legales? Nadie sabe de nuestra militancia.

—Para el carro, Joseba. La disciplina por encima de todo. Esa es la primera regla del militante. Txalupa nos lo ha advertido varias veces. ¿Ya se te ha olvidado? Lo segundo, la precaución. Alguien se ha podido ir de la lengua. O ha dicho nuestros nombres bajo tortura. O le han pillado papeles. Igual desde entonces nos siguen. Incluso sin conocernos. Se han dado casos. Veamos. Tú escribes una carta a Karmele. Ellos la abren. ¡Qué información tan interesante! Vamos a vigilar a estos pardillos. Conclusión: ya nos tienen. Y todo por una simple carta en la que le cuentas a Karmele ¿qué? ¿Que la quieres mucho?

—Pues claro que la quiero. Es la madre de mi futuro hijo. O de mi futura hija.

—¿Y ella te quiere a ti?

—Supongo.

—Otro que ha caído en la trampa.

—¿Qué trampa?

—¿Qué trampa va a ser? La de las hembras que debilitan al guerrero. El maquillaje, el perfume, las tetas, las palabritas de cariño, todo eso es para domesticarnos a los hombres. Las mujeres están bien para cinco minutos de vez en cuando. Luego te tienes que largar a toda prisa. Si no, te hunden. Te convierten en un muñeco. Te sacan la sangre poco a poco. Tú mismo, ahora. Mírate en el espejo. Se te ve apagado. Se te nota triste, con el pensamiento en otra parte. Malo, malo. Así no se ganan las guerras.

—Hombre, voy a ser padre. Me gustaría ver al crío. Ni el nombre voy a saber.

—Aprende de mí. Me casé con ETA. Con nadie más. Y mis hijos serán las *ekintzas*. Que se me ponga delante una mujer en canicas. No pierdo la calma. Aquí me tienes, preparado para la lucha en favor de nuestro pueblo. No me ata una mujer. Sólo los vascos libres podemos librar a Euskal Herria. O estamos a una cosa o a otra. La independencia no se consigue empujando por la calle un carrito de bebé. Nuestra misión es empuñar las armas, no el biberón. Algún día alcanzaremos el objetivo. Entonces podrás volver

al pueblo. Tu hijo estará orgulloso de ti. Y a lo mejor Karmele. Pero primero Euskal Herria, ¿eh? Después, lo otro.

Seguía lloviendo. Cielo gris, casi negro. Las gotas de lluvia, violentas, rizaban la superficie del río. Flotaba sobre la corriente una fina capa de niebla.

Joseba fue el primero en verla.

—Ya está esa ahí.

Guillemette, las piernas al aire, embarrada hasta las rodillas, orinaba en cucullas junto a la pared de la nave. Se había echado el pantalón al hombro. Asier se apartó de la ventana.

—A mí esta tía me da repelús. ¿Sabes por qué suelta ahí la meada?

—Tendrá ganas.

—Para que la veamos. Con las mujeres, mucho cuidado, Joseba. Son peligrosas. Pregúntale a Txalupa. Te dirá lo mismo.

ASIER SE DESPERTÓ. Pasaban de las diez de la mañana. Agosto, luz, calor. El tractor traqueteaba, ¿dónde?, ni lejos ni cerca. En la cama adosada de costado a la pared opuesta dormía Joseba. Cara de hombre sin preocupaciones, barba de tres días. Seguro que estaba soñando con su futuro hijo. Lo llevaría en su imaginación

de paseo por la plaza del pueblo. Lo enseñaría, orgulloso, a los amigos.

Joseba había dormido como de costumbre en camiseta y calzoncillos. La sábana encimera se apelotonaba a sus pies. La noche había sido calurosa, zumbadora de mosquitos. A Asier le había picado uno en la frente. Acercó la yema de un dedo al lugar de la escoadura. Enseguida notó el habón. Y a ese, ¿no le pican? A Joseba se le había subido el bajo de la camiseta. Le quedaba al aire el vientre peludo. Asier lo sacudió sin contemplaciones.

—¿Qué pasa?

—Hay que eliminar esos michelines. ¿Hemos venido a Francia de vacaciones o qué? Nos estamos volviendo perezosos.

Acordaron militarizarse, según la expresión de Asier. El otro, soñoliento, se limitó a asentir. Ya desde el principio habían procedido de aquel modo. Asier disponía. Joseba acataba. Un día antes de cruzar la frontera, lo mismo. Asier no dejó a Joseba despedirse de su novia.

—Joder, Asier, que está embarazada.

—No te preocupes. Ya le escribirás.

Y luego no le dejó escribirle.

Entre los dos limpiaron de maleza una franja de tierra por detrás de la nave. Fabien se lo pidió en francés, por señas, con muecas. No le entendían. El granjero, a modo de ejemplo, les dio un pase de guadaña

a las ortigas. Asier y Joseba estuvieron ocupados en la sencilla tarea hasta la hora de la comida. Sólo disponían de una guadaña. Se turnaban. Trazaron mientras tanto un plan de actividades. En adelante se levantarían temprano.

—¿Qué entiendes tú por temprano?

—Pues a las siete.

—Hombre, no fastidies.

—Pues como muy tarde a las ocho.

Antes del desayuno harían instrucción. Joseba, arrugado de asombro el entrecejo:

—¿Instrucción? ¿Como mi aitá cuando hizo la mili en Canarias?

—Llámalos deporte y prácticas de tiro.

—Asier, por favor. No tenemos armas.

—Nos las imaginamos. ¿No te imaginas tú a tu hijo jugando y corriendo? Pues con las armas lo mismo.

¿La idea? Bajar de peso. Después, fortalecer los músculos. Por último, muy importante, adquirir espíritu guerrero. ¿Que la dirección los convocaba a un cursillo de adiestramiento? No pasa nada. Allá irían dos tíos hechos y derechos, atléticos, duros, disciplinados, en vez de un par de vacas fofas.

—¿Entiendes ahora?

—Sí, menos lo de disparar con armas imaginadas.

—Eso tiene su técnica. Yo te enseñaré.

Al día siguiente madrugaron. Amanecer azul con pájaros piantes, con viento que comunicaba un leve

temblor a las hojas de los árboles. Recto de torso, estirado de cuello, Asier corría por el camino de tierra. Joseba, lastrado por su obesidad, jadeante, se iba rezagando. Unos días iban por aquí, otros por allá, sin alejarse demasiado de la granja. Daban vueltas al mai-zal. Se alejaban paralelos al río. Volvían atajando por la carretera. En total, una hora. Y como siempre, al llegar al cuarto, revisión:

—Enséñame la barriga.

Joseba se subía la camiseta sudada. Asier meneaba, reprobador, la cabeza.

—Mañana corremos otra vez. Hay que estar en forma. Por Euskal Herria, Joseba. Por nuestro pueblo. Todo sacrificio es poco.

Salieron al campo otra mañana. Después de la carrera diaria, dispararon con escobas. Las sacaron del almacén. Había dos, las dos de sorgo, bastante viejas. Con ellas barrían de vez en cuando aquí y allá a ruego de Guillemette o de Fabien. Con trabajillos de poca monta agradecían el alojamiento.

Tumbados en la hierba uno al lado del otro, descargaron una gran cantidad de munición imaginaria contra el poste de una cerca. Previamente Joseba había calado su gorra de visera en el extremo superior. Así lo quiso Asier. ¿Y eso? Pues para dar al poste apariencia humana.

Joseba se permitió una broma.

—¿De qué calibre son estas escobas?

Asier se la tomó a mal.

—No es hora de chistes. Nos estamos formando.

Comentaban las distintas acciones. La manera de sostener el arma. Si, encarado el fusil, convenía o no cerrar un ojo. Esas cosas. Y simulaban las detonaciones haciendo en el momento del disparo un ruido con la boca.

—Lo importante es tener la sensación del fusil. ¿La tienes?

—No mucho.

—Con la práctica te vendrá. Usa el final del mango como punto de mira.

—Así lo hago. Pero la escoba pesa poco. No me acabo de imaginar el arma.

—Igual tendríamos que probar con otro cacharro. No sé. Con una barra de hierro o algo así. El tuerto ¿no tendrá una escopeta de caza?

—No nos la va a prestar.

—Se la mangamos.

—Y si se entera, ¿qué?

—¿Por qué se va a enterar? La cogemos a escondidas.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Me gusta que me hagas preguntas. Eso me obliga a pensar. Pues cuando el tuerto se vaya a vender huevos a la ciudad.

—¿Y ella?

—Ella estará en la huerta. O trabajando con el trac-